

LA VIRGEN REZANDO... POR UCRANIA

Juan Cornwell

30 de marzo de 2022 a las 9:00 am



Una mañana de primavera de 1987, Maria Kyzyn, de 12 años, del pueblo de Hrushiv en el oeste de Ucrania, declaró que había recibido una visión de la Virgen y el Niño. La aparición, dijo, se cernía sobre la cúpula de la iglesia local de madera de la Santísima Trinidad, a la que alguna vez asistieron miembros de la Iglesia católica griega ucraniana, o católicos ucranianos, hasta que los soviéticos la cerraron a fines de los años cuarenta. Grupos de hombres y mujeres locales comenzaron a reunirse en el patio de la iglesia. Muchos de ellos afirmaron haber presenciado la aparición. Los peregrinos descendieron sobre Hrushiv desde partes distantes de Ucrania y más allá. Pero a pesar de la perestroika en expansión de la época, las autoridades soviéticas prohibieron el acceso al sitio.

¿Qué posibles conexiones hay entre esos eventos de hace 35 años y el coraje de los ucranianos que enfrentan los desastres de la guerra hoy? Las apariciones ocurrieron justo un año antes de las celebraciones milenarias en Ucrania que marcan la conversión de Vladimir el Grande en 988 y los orígenes del cristianismo eslavo. Los católicos ucranianos, bizantinos en la liturgia pero vinculados a Roma, afirman ser descendientes de la época del bautismo de Vladimir. Sin embargo, la Iglesia ha sufrido la opresión a lo largo de los siglos, y especialmente desde la soviétización de Ucrania entre las dos guerras mundiales. Paralelamente, la Iglesia ortodoxa ucraniana, con vínculos históricos

tanto con la ortodoxia rusa como con la griega, ahora independiente del patriarcado de Moscú, también es objeto de la ira de Putin.

Putin afirma que la “Santa Rus”, que comprende Ucrania, Bielorrusia y Rusia, constituye una trinidad espiritual y territorial inseparable, un “icono” vivo de la presencia de Cristo en el mundo. La ortodoxia rusa, como insisten Putin y el Patriarcado de Moscú, es la única Iglesia verdadera, siendo Roma apóstata y la Iglesia ortodoxa ucraniana en cisma desde que Constantinopla la reconoció como Iglesia independiente (autocéfala) en 2018. La noción refuerza el derecho de Putin a “proteger” Ucrania de los apóstatas, herejes y fascistas, que buscan destruir la Santa Rus dando impulso a la independencia política y religiosa de Ucrania.

Un año después de las apariciones, estaba viajando por Europa investigando afirmaciones de milagros y apariciones: la placa plástica de una Virgen llorando en Siracusa en Sicilia, las maravillas del Padre Pío, la licuefacción de sangre en la Catedral de Nápoles, las apariciones de la Virgen en Medjugorje, y muchos más. ¿Cómo debe un historiador o periodista católico hacer una crónica de tales hechos? Las afirmaciones de intervención milagrosa a menudo sirven a la agenda política, secular y eclesiástica. Del mismo modo, pueden ser poderosas expresiones de la imaginación religiosa popular.

Un amigo productor de cine me preguntó si investigaría y escribiría la historia de las apariciones de Hrushiv, trabajando con el director de documentales católico John Kirby. Los testigos se mostraron reacios a ser filmados debido a la continua opresión soviética. Las autoridades locales dijeron que el incidente fue “una provocación política”.

Obtuvimos imágenes de los católicos ucranianos bajo los soviéticos y filmamos secuencias contemporáneas de la liturgia católica ucraniana revivida en Kiev y Lviv. Visitamos comunidades católicas ucranianas expatriadas en Ottawa y Toronto, donde lidiamos con la compleja historia del cristianismo en Ucrania.

A lo largo de los siglos han existido tensiones entre la ortodoxia rusa, la ortodoxia ucraniana y el catolicismo ucraniano, que se ganaron la descripción de “Iglesia del martirio”. Después de la Segunda Guerra Mundial, Stalin acusó a los católicos ucranianos de colaborar con los nazis contra los judíos durante la guerra. Fueron ejecutados ocho obispos y 1.000 sacerdotes. Muchos más sacerdotes y monjas fueron encarcelados o exiliados. Había historias de adoradores ejerciendo su fe sin sacerdotes, reuniéndose en claros del bosque, recitando las palabras de la Misa, excluyendo la Consagración, una estola litúrgica en un altar improvisado que representa al celebrante. En la época de Gorbachov, fueron denunciados como provocadores que lideraban la apuesta por la independencia de Ucrania.

En una casa de seguridad en Toronto, conocí a Josyp Terelya, quien afirmó haber presenciado la aparición de Hrushiv. Había sido torturado y encarcelado por promover abiertamente el separatismo ucraniano. El relato de Terelya sobre los mensajes de la Virgen tuvo resonancias de Fátima: rezar el Rosario por la conversión de Rusia y evitar una tercera guerra mundial. Dijo que la Virgen sostenía un rosario en la mano, con cuentas de ámbar y azul, para él, una clara evidencia de su apoyo al nacionalismo ucraniano.

La devota religiosidad de Terelya fue igualada por una feroz convicción política secular. Pude entender la fuerza impulsora detrás de las apariciones en Hrushiv para los católicos ucranianos que ven su fe en términos de martirios, milenios y opresión rusa. Al mismo tiempo, me llamó la atención la caracterización de Juan Pablo II de las apariciones marianas a lo largo de los siglos XIX y XX como “el viaje de María a través del tiempo y el espacio hacia el segundo milenio”. Pero, ¿hablaba literalmente o metafóricamente?

Terminé mi investigación sobre las “señales y prodigios” católicos con una mezcla de creencia cautelosa y sano escepticismo. Tendía a ver muchos de ellos más como productos de la imaginación religiosa que como eventos sobrenaturales. Mientras tanto, me impresionó profundamente el apego de la cristiandad oriental a los iconos

sagrados cuyas representaciones, elaboradas con arte y oración, miran "hacia fuera" al mundo, además de ser percibidas por él. La aparición en Hrushiv recordó, dijeron los testigos, a un ícono popular ucraniano, Nuestra Señora de la Compasión. La importancia del fenómeno en Hrushiv, al parecer, no era tanto la emoción generada por un evento "sobrenatural" como el significado de la iconografía de ternura, piedad y compasión de Nuestra Señora. Mientras tanto,

Josyp Terelya murió en 2009 con un seguimiento popular entre la diáspora católica ucraniana y una reputación de santidad. Había sufrido mucho por su fe y patriotismo.

Sin embargo, la impresión más duradera de mis viajes en busca de lo milagroso fue ver el ícono más célebre de Ucrania, la Virgen de Orans (la Virgen orando), que representa a María orando con los brazos extendidos. Situada en el muro del ábside de la antigua catedral de Kiev, Santa Sofía, data del reinado de Yaroslav el Sabio en el siglo XI. El muro es conocido como el "Indestructible". Cuenta la leyenda que mientras la Virgen extiende sus brazos sobre Kiev, la ciudad sobrevivirá. Se dice que la tela de su cinturón está lista para enjugar las lágrimas de los que sufren.

En los años veinte, los soviéticos pidieron la destrucción del edificio. Pero se salvó y se declaró museo. Durante la primavera soviética hubo planes para devolver el edificio al culto, retrasado debido a las disputas entre las diferentes denominaciones cristianas, incluidos los católicos ucranianos. En la primera semana de marzo, el periodista de la BBC Clive Myrie informó de su visita allí. Encontró a cristianos, judíos y musulmanes unidos en oración por la paz bajo el gran ícono.

Los iconos sagrados, la gloria de la espiritualidad bizantina, como las afirmaciones de las apariciones marianas, tienen poder para conmover, consolar y sanar. El pueblo ucraniano, cualquiera que sea su denominación o fe, necesitará mucho de los íconos notables de la nación en los meses y años venideros: no menos importante, el Orans, el ícono de la Madre que ora.

John Cornwell es director del Proyecto Ciencia y Dimensión Humana en Jesus College, Cambridge. Su último libro es Church Interrupted: Havoc & Hope, the Tender Revolt of Pope Francis (Chronicle Prism, 2021).